CAPITULO XIV

RIVALES.

En los momentos en que los convidados se levantaban de la mesa del virey, quien habia dado un banquete de cincuenta cubiertos en el comedor de Palacio, para festejar el cuarenta y siete aniversario de la vireina, el coronel D. Francisco Javier Gabriel, que se encontraba en el lado opuesto al que ocupaban las señoras, corrió apresuradamente á ofrecer el brazo á la hermosa Elena, hija mayor de la familia reinante. Por mas que quiso apresurarse, aún atropellando á las personas que se encontraban al paso, porque el amor es ciego y algunas veces hasta descortés é impertinente, cuando llegó á donde estaba la linda jóven, ya esta se encontraba asida del brazo del alférez Adrian Pinto, quien, segun rumores palaciegos, era hijo espúreo del conde del Jaral, por cuya circunstancia no

solo era admitido benévolamente en la córte, sino que vivia con cierta holgura y hasta con cierto lujo que llamaba la atencion, teniendo por otra parte una figura arrogante y un trato bastante distinguido, no pasando su edad de unos veinticinco años.

El coronel no pudo menos que sentirse contrariado al ver á su prometida del brazo de un jóven que gozaba fama de disipado y de conquistador, no quedándole á aquel otro recurso que hacerse á un lado para que pasara la pareja, sin poder contenerse de decir á Elena con algun desabrimiento:

—¡Ah! creia que las damas tenian que regresar á los salones acompañadas de sus mismos caballeros.

Elena se sonrojó, bajó los ojos y no pudo contestar una palabra; pero el alférez Adrian Pinto la preguntó despues que hubieron dado algunos pasos:

—¿Qué dice ese necio?

—¡Por Dios! exclamó la jóven alarmada, no vaya á oir el coronel.....

—¿Y qué? exclamó á su vez el alferez, es un gefe con quien no abrigo temor alguno de cometer una insubordinacion.

El coronel de Gabriel, con los brazos cruzados, se quedó como enclavado junto al marco de la puerta por donde estaban saliendo las parejas, hasta que el virey, que fué el último, le dijo al pasar dándole una palmadita en el hombro:

—Vamos á ver D. Francisco como entretenemos á nuestros convidados mientras llega la noche y se baila.

El coronel despertó como de un letargo y siguió al virey maquinalmente, no sin murmurar para sus adentros:

—Despues de todo, es un muchacho casquivano que no puede causarme inquietudes.

Cuando entró al salon lo primero que vió fué á Elena sentada en un sillon próximo al que ocupaba la vireina, y recargado en el respaldo al alférez Pinto que conversaba con la jóven, segun parecia, con la mayor familiaridad.

—Pero señor, se dijo, si yo nunca he sido celoso, ¿cómo es que ahora siento un aguijon que me atraviesa el alma?

Y sin oir más consejo, que el de sus celos, fué á apostarse á muy pocos pasos de la hija del virey, sin tomar precaucion alguna para ocultar esta maniobra.

—Tenemos moros en la costa, dijo el jóven riéndose al oído de la bella Elena.

—¿Qué dice usted? preguntó esta poniéndose colorada.

—Que ya se vino á observarnos de cerca el ogro de Gabriel á quien se le figura que con una simple conversacion puede arrebatársele su prometida.

Esta brusca salida del alférez hizo recordar á Elena su posicion y entonces le dijo con voz débil:

—Efectivamente, señor, casi es un asunto arreglado el de mi matrimonio con el coronel, y así es que considero que tiene razon si se ha indispuesto porque no lo esperé para que me acompañara.

—No seria un hombre cortés si pudiera indisponerse con su dama por semejante frusleria, dijo el jóven con exaltacion.

—El coronel tiene un carácter muy delicado.

—Pero si de presunto marido se muestra tan impertinente, será un Fierabrás cuando ya esté casado.

—Todavía no he dado mi consentimiento.....

Estas palabras las murmuró la jóven como un soplo y cubriéndose de rubor.

—¡Ah! de manera que.....

—La vireina lo proteje y el virey parece inclinado tambien á otorgarle mi mano; pero hasta ahora ni es una cosa resuelta, ni yo estoy comprometida con palabra de casamiento.

El jóven, tomando audacia con esta confidencia, se atevió á decir:

—Entonces, si no tiene derechos adquiridos, ¿por qué me mira con esos ojos torvos, por qué ha tenido la avilantez de dirigir á usted un reproche?

—El hecho es que se considera ya como admitido.....

—Pero mientras no lo sea realmente, no se puede consentir que se venga dando tantos humos de importancia.

—Yo suplicaria á usted, Sr. Pinto, que tuviera la bondad.....

—¿De qué?

—De separarse de mi lado.

—Esto es contradictorio con lo que me acaba usted de decir.

—Me da miedo ver la actitud que tiene el coronel, y ademas no hay costumbre de que los caballeros permanezcan tanto tiempo hablando con las damas. La misma vireina ha volteado á mirarme dos ó tres veces con aire de reconvencion.

—¡Oh! sí, ante súplica tan razonable que equivale á un mandato, no me queda que hacer otra cosa mas que obedecer; pero debemos tener entendido que ni ese coronel, ni siete coroneles más, me harian abandonar este puesto que considero como la cumbre de la felicidad.

—Señor.....

—Porque es necesario aprovechar el momento para decirlo todo de una vez, desde el primer momento en que ví á usted, Elena.....

—Sr. Pinto, ¡por la Vírgen Santísima!.....

La jóven puso un semblante tan compungido, su voz era tan conmovedora, que el alferez Pinto se sintió dominado cuando menos de conmiseracion, si no de respeto, y saludándola profundamente la ofreció retirarse en cambio de la promesa de acompañarlo á bailar si se presentaba la ocasion.

Elena contestó que lo consultaria con la vireina y aquel se retiró seguido por las miradas centellantes del coronel, yendo á mezclarse en los grupos de militares que habia diseminados por el salon. Luego que se hubo perdido de vista, D. Francisco Javier se apresuró á ir ocupar el lugar que habia dejado vacío en el respaldo del sillon y dijo á la hija de la vireina:

—¿Conoce usted, Elena, á ese jóven que acaba de abandonarla?

—¿No se llama el alférez Pinto? preguntó ella á su vez con despejo.

—Adrian Pinto se llama, en efecto, contestó de Gabriel temblando.

—Desde hace dos meses, poco mas ó menos, siguió diciendo ella, fué presentado á nuestra familia como un jóven de alta distincion.

—¿No supo agregar el que lo presentó que es un jóven bastardo?

—No recuerdo si se dieron algunas explicaciones al caso, que seguramente no serian en su presencia.

—Pues aunque yo tambien estoy recien venido á México, conozco ya á muchas personas y sé que ese alférez no ha podido hacer carrera en el ejército á causa de su poco espíritu militar y de su conducta un tanto cuanto depravada.

—No es esa la fama de que disfruta en la córte.

—¿No?

—No señor.

—¿Pues de qué fama disfruta?

—Tanto las damas como los caballeros lo citan como un modelo de valor, de elegancia y de finos modales, atribuyéndole tambien un nacimiento distinguido.

El coronel se puso rojo de cólera y replicó con cierta brusquedad:

—En ese caso usted se ha permitido recabar informes sobre esa persona.

—¿Yo? de ninguna manera. Las noticias circulan en palacio generalmente sobre las gentes que lo frecuentan y se saben sin necesidad de que uno las pida.

De Gabriel se mordió los labios; pero reflexionando que era preciso reprimir la cólera que le estaba ahogando, dijo despues de trascurridos algunos minutos:

—Elena: yo le suplico rendidamente que se sirva excusarme si acaso he estado importuno.

La jóven, que quizá no habia visto motivo para incomodarse, tomó pié de esta tonta satisfaccion que le despertó el orgullo adormecido y sin contestar palabra, dejó el sillon que ocupaba y fué á sentarse al lado de la vireina.

El coronel De Gabriel se puso pálido de rabia y se salió del salon luego por la primera puerta que encontró abierta.

La tertulia siguió en palacio con la monotonia natural con que en aquel tiempo se hacian las tertulias en la alta sociedad, en las que se necesitaba de mucho atrevimiento para que los caballeros pudieran acercarse al estrado que ocupaban las señoras, entre las que ó se murmuraba del prójimo ó se hablaba de algunas simplezas inocentes. Los hombres se salian á pasear entre tanto á los corredores y pasillos ó formaban corrillos cerca de los balcones, teniéndose por principal asunto de plática, las noticias de la desfallecida insurreccion, su desplome probado con el gran número de indultados que se estaban presentando, ó de las recientes noticias de la córte que databan de cinco

á ocho meses. La crónica escandalosa de la ciudad estaba limitada á dos ó tres chismes respecto de Iturbide que parecia querer subrogarse á Calleja, á dos ó tres matrimonios en perspectiva y á las costumbres y trajes de Liñan y demas gefes españoles últimamente llegados de la Península.

Cuando comenzó á oscurecer se encendieron todas las lámparas y á eso de las ocho de la noche llegó la orquesta de la Catedral, que era la única que asistia á las solemnidades, así fueran fúnebres, devotas ó profanas, y tras la tropa musical otros invitados de las familias principales, que no habian sido preferidos para concurrir al banquete.

A las nueve en punto se bailó la cuadrilla de honor por el virey y la vireina y otras siete parejas muy escogidas entre la *élite* de la concurrencia, esto es, entre los ancianos y ancianas, que era para lo único que servian en tales circunstancias. Despues de la cuadrilla tenia que seguirse el rigodon que se bailaba entonces en la córte con todas las solemnidades debidas, procurando presentar una leve imágen de lo que se hacia en estos casos en las córtes extranjeras, y en este baile sí tomaban ya su parte respectiva todos los invitados, una vez que todos tenian que desempeñar algun papel.

El alférez Pinto, que desde cualquier punto en que se encontraba no perdia de vista á la hija mayor de la vireina, que era la que lo habia cautivado, haciéndola ruborizar con su tenacidad en contemplarla, luego que el bastonero anunció que iba á bailarse el ri-

godon se lanzó al estrado, y haciendo una profunda inclinacion á las damas, suplicó á la vireina que le concediera el honor de permitirle bailar con su hija. Ella, encontrando muy inocente la solicitud concedió el permiso, y cuando apenas se habian levantado los dos jóvenes, se le aproximó el coronel De Gabriel con las facciones descompuestas y la dijo casi al oído de modo que nadie lo oyera:

—Señora, ¿me permite vuestra excelencia decirle dos palabras sobre un asunto importante?

La vireina se quedó viendo al coronel con extrañeza y le contestó:

—Importante debe ser en efecto el asunto, mi querido coronel, cuando lo veo pálido y tembloroso.

—Se trata..... se trata.....

—Vamos á ver ¿de qué se trata?

El coronel con mucha dificultad y con palabras entrecortadas le refirió lo que habia pasado entre él y la bella Elena.

—¿De manera que está usted celoso? le preguntó.

—Estoy despechado, señora. Elena debia saber que estamos próximos á desposarnos.

—Lo sabe, en efecto, señor, y no ha llegado á manifestar el menor disgusto cuando la hemos hecho saber cuál era el deseo de sus padres.

—En ese caso, ¿á qué debo atribuir su conducta?

—A una cosa muy natural, según creo, contestó la vireina sonriéndose, á que quiere despedirse del mundo de la manera mas alegre posible.

En ese momento pasaron cerca los jóvenes cogidos

de la mano, oyéndose á la vez un leve murmullo de palabras entrecortadas y de sonrisas de felicidad.

—¿Los ve vuestra excelencia, señora? exclamó el coronel sin poder disimular su cólera.

La vireina los siguió con la vista y aunque no dejó de participar de las alarmas del coronel, le contestó con tranquilidad:

—No veo nada diferente de lo que hacen las demas parejas: bailar y platicar discretamente como dos personas de distincion.

—Yo me atreveria á solicitar de vuestra excelencia.....

—¿Qué cosa, coronel?

—Que hoy mismo quedara fijado el dia de nuestro enlace.

—Ofrezco á usted hablar al virey.

De Gabriel hizo una inclinacion é iba á retirarse, pero la vireina le contuvo diciéndole:

—Entretanto, le prohibo que manifieste señales de disgusto.

—No sé si podré contenerme.

—Pues se contendrá usted por respeto á la corte. Por mi parte ya me propongo dirigir á Elena una pequeña amonestacion.

El coronel saludó y se fué. Como el rigodon se prolongaba, la vireina tuvo oportunidad de llamar al virey en una de las dos veces que pasó mas cerca de ella y le hizo lugar á un lado en el canapé.

—¿Querias decirme algo? le preguntó con sencillez.

—Sí: tenemos una pequeña nube sobre nosotros,

que amenaza convertirse en tempestad si no la conjuramos.

—¿Qué nube es esa?

—El coronel de Gabriel está celoso del alférez Pinto.

El virey estuvo á punto de soltar una carcajada, pero en esos momentos vió la cara descompuesta del coronel y se contuvo.

—Cuéntame eso, dijo despues de un momento á la vireina.

La vireina le contó todo lo que sabia.

—¿Pues sabes que no deja de tener razon el coronel? dijo luego que hubo oído cuanto tuvo á bien contarle la vireina.

—¿Por qué?

—Porque el coronel no es un jóven, ni es un buen mozo, ni es un valiente, ni es nada de lo que les gusta á las jóvenes.

—Pero en todo caso, Elena se encuentra ya comprometida.

—Ella no lo considera así, puesto que no le ha llegado á empeñar particularmente su palabra.

—Pero se la hemos empeñado nosotros.

—Verdaderamente eres tú la que te has ocupado en hacer ese matrimonio.

La sangre subió á la cabeza de la vireina, pero era muger que sabia reprimirse y se contentó con decir:

—Yo creia que era un matrimonio á gusto de todos.

—Lo es en efecto: solo que no hemos cuidado de ratificarlo.

—Pues hoy lo ratificaremos. El coronel quiere que se fije el dia de la solemnidad.

—Por mí que sea mañana.

—Pues bien, le contestaremos que de aquí á quince dias.

—Con tal que Elena se encuentre conforme, porque yo no deseo que la violentemos en lo más mínimo, lo demas me es indiferente.

—Esta bien, le contestó la vireina.

Concluyó el rigodon y Elena ocupó el asiento que dejó el virey, pagando con una sonrisa expresiva las frases de gratitud que le dirigió el alférez al dejarla.

El virey, que era bromista, que estaba alegre y que se ocupaba él mismo, yendo de aquí para allá, en hacer los honores de la casa, buscó al alférez Pinto y le dijo con aire risueño:

—Cuidado con las piraterias, amigo D. Adrian.

—Excelentísimo señor! exclamó el alférez sorprendido de verse abordado de un modo tan exabrupto por el virey.

—Cuidado con andar merodeando en el cercado ageno.

—No comprendo lo que vuestra excelencia quiere decirme.

—Allí tiene usted á mi hija Elena llorando por culpa de usted.

El alférez volvió la cabeza y notó efectivamente que la vireina exaltada dirigia algunas palabras á Elena y ella enjugaba una lágrima.

—El coronel de Gabriel, que es su futuro esposo,

se ha quejado á la vireina de que usted se permite libertades con su prometida, agregó el virey.

El jóven se quedó anonadado mientras aquel satisfecho de su travesura, se dirigia á un grupo de personas notables.

Lo primero que hizo Pinto fué buscar con la vista á de Gabriel, al cual descubrió cerca de una puerta desde donde observaba con ojos atentos la conferencia entre la vireina y su hija. A él se dirigió el alférez como un rayo.

—Es usted un miserable, le dijo tomándole un brazo con fuerza.

—¡Atrevido! exclamó aquel sacudiéndose.

—Salgamos de aquí, replicó el jóven insistiendo en cogerlo del brazo.

—¿Qué asuntos puedo tener con usted?

—Yo tengo el de enseñar á usted cómo debe tratarse á las damas.

El coronel se sonrió con desden y quiso volverle la espalda.

—¡Cobarde! ¡miserable! insistió diciendo el jóven, me va usted á obligar á darle aquí mismo una bofetada.

De Gabriel, viendo que la cosa se formalizaba, se vió obligado á hacer frente al jóven diciéndole:

—Hasta mañana antes del oscurecer no puedo estar á la disposicion de usted.

—¿En dónde?

—A la entrada del Paseo de Bucareli.

—Está bien. Iremos montados. Lleve usted su espada y un criado que le tenga el caballo.

—No faltaré.

El alférez fué á buscar su capa y su sombrero y se salió inmediatamente del palacio.